

ser católico, como Polonia o Hungría, y otros como Bulgaria y Rumanía, donde la identidad no sólo cristiana sino nacional está en la Ortodoxia. Otra cuestión diferenciadora es la actitud que la estructura de las iglesias adoptó ante el Estado durante los años de la persecución. En algunos países la resistencia fue absoluta. En otros hubo una división interna: mientras parte de la iglesia pactó con la situación y el sistema, otra parte de la iglesia se mantuvo en las catacumbas. También hubo zonas en las que la colaboración con el sistema comunista en el poder fue generalizada. Esto tiene muchas consecuencias actualmente que hacen muy distintas las trayectorias de unos y de otros. Por ejemplo, el trato que se da a los que pactaron con el sistema, los que a pesar de la nueva situación permanecen en una acción individual y no saben salir de las catacumbas, la devolución y reconstrucción de bienes incautados y destruidos, etc.

El libro tiene un estilo narrativo ágil. Aunque hay citas de fuentes, no es un libro que busque la erudición sino la información clara de una panorámica tan amplia y variada. Une la necesaria información general de cifras y fechas, con la explicación de sucesos concretos que tuvieron un carácter especialmente significativo, así como el testimonio de personas relevantes en la Iglesia: las grandes figuras del tiempo de la persecución que tuvieron que hacer frente a dificultades enormes y de los que muchos murieron mártires, y los actuales obispos y renovadores espirituales de la Iglesia en los países de la Europa del este, que al recuperar la libertad se encuentran en mejor situación, pero también con problemas y desafíos nuevos. La libertad trae a estas regiones una mentalidad materialista y de bienestar que no es compatible con la religión, así

como movimientos religiosos de todo tipo que se enfrentan a la Iglesia. En cierto modo los responsables de la nueva evangelización se encuentran como quien tiene que empezar todo otra vez. En el rápido panorama de la historia de estos años tan intensos se subraya también las consecuencias que ha tenido la presencia del Papa Juan Pablo II y la acogida entusiasta y agradecida de las gentes, no sólo de los católicos. Estos viajes han tenido una profunda fuerza simbólica, con un significado muy especial para cada uno de los países. En realidad, lo que su presencia y sus palabras han aportado a la vida de la Iglesia en estos años críticos desborda los límites de la investigación histórica.

El lector puede hacerse una composición ordenada de lo que ha sucedido en la Iglesia de cada uno de estos países, cuáles son sus principales peligros y obstáculos y cuáles sus esperanzas y logros.

M. Lluch Baixauli

Aviad M. KLEINBERG, *Prophets in their own country. Living saints and the making of sainthood in the later Middle Ages*, University of Chicago Press, Chicago 1997, 189 pp., 14 x 21,5.

La santidad cristiana es algo interior y escondido como un tesoro. Pero, por otra parte, y como ocurre con muchos tesoros, tiene un valor público, eclesial y social. Son los contemporáneos del santo los que les atribuyen cierta fama de santidad. A un santo le es necesario tener un público persuadido de que su conducta es santa o milagrosa. Como dice Aviad Kleinberg, desde un punto de vista social, «los santos viven en el mundo de Berkeley», si nadie les ve es como si no existieran. Esta paradoja

entre humildad y fama que los santos han de resolver es el tema de este breve estudio. El interés de Kleinberg está en «la imagen pública» del santo y cómo se va construyendo entre las obras del santo y los testigos. Mucho más que para nosotros, en la Edad Media, los santos eran la luz del mundo, un regalo de Dios para la Iglesia, y una luz que no puede esconderse. Para la mente medieval, se podría decir, no reconocer la santidad es un pecado.

En este «negociar la santidad», hoy sabemos que los Papas no imponían sobre el pueblo cristiano una visión particular de la santidad según su gusto personal. Hasta el siglo XII fue el culto espontáneo del pueblo en una comunidad particular el que juzgaba de la santidad de alguien. Inocencio III (1198-1216) empezó a regular lo que pronto sería todo un proceso formal de canonización exigiendo testimonios de piedad y milagros. Entre 1198 y 1434, sólo treinta y cinco personas fueron canonizadas de entre unos setenta procesos. La autoridad eclesiástica asumió una función negativa por una parte, y preventiva por otra, ante el temor, por así decirlo, de una «inflación» de santidad.

Los autores medievales de vidas de santos deseaban demostrar que alguien había vivido como otros santos ya venerados. Estas famosas, y a menudo fabulosas, Vidas de Santos, vienen a decir que para ser santo no sólo hace falta madera de santo sino también papel de santo. El santo pronto es consciente de que se espera de él una conducta determinada. En cuanto una persona es reputada santa, cualquiera de sus acciones explota en posibilidades de interpretación. Los santos producen una sobreabundancia de sentido. Pero también produjeron, según esos documentos del medioevo, relatos que para el historia-

dor moderno son difíciles de aceptar como tales. La hagiografía es un género difícil para cualquier estudioso. ¿Qué puede hacer un lector postmoderno con la repulsión que causan algunos relatos grotescos? Sin duda, lo que hoy nos parece cómico, para muchos cristianos medievales debió ser suculenta edificación espiritual. Kleinberg no se encuentra a gusto en ninguna de las alternativas de interpretación que se han dado (negar milagros sin más, como David Hume; o decir que no son hechos reales sino percepción de la realidad). Su intento de «salvar los textos» es encomiable, y como todo historiador responsable, sabe que no es posible recuperar «los hechos tal como pasaron». Pide a otros historiadores que sean claros expresando sus métodos y prejuicios en la interpretación de las fuentes.

Habiendo criticado algunos defectos del estudio estadístico de santidad en la edad media, Kleinberg dedica la segunda mitad del libro al estudio de casos particulares de los que se pueden deducir generalizaciones. Los ejemplos son: Christina de Stommeln (c. 1242-1312), Lukardis de Oberweimar (1257-1309), Douceline de Digne (1214-1274), y, el más conocido de todos, Francisco de Asís (1181-1226).

Á. de Silva

**Erika RUMMEL** (ed.), *Erasmus on Women*, University of Toronto Press, Toronto 1996, 251 pp., 15 x 23, ISBN 0-8020-7808-7.

Este libro recoge textos de Erasmo de Rotterdam (1466?-1536) sobre la mujer y está basado en la edición inglesa de sus obras completas que publica la Universidad de Toronto. Han sido ordenados bajo tres epígrafes: